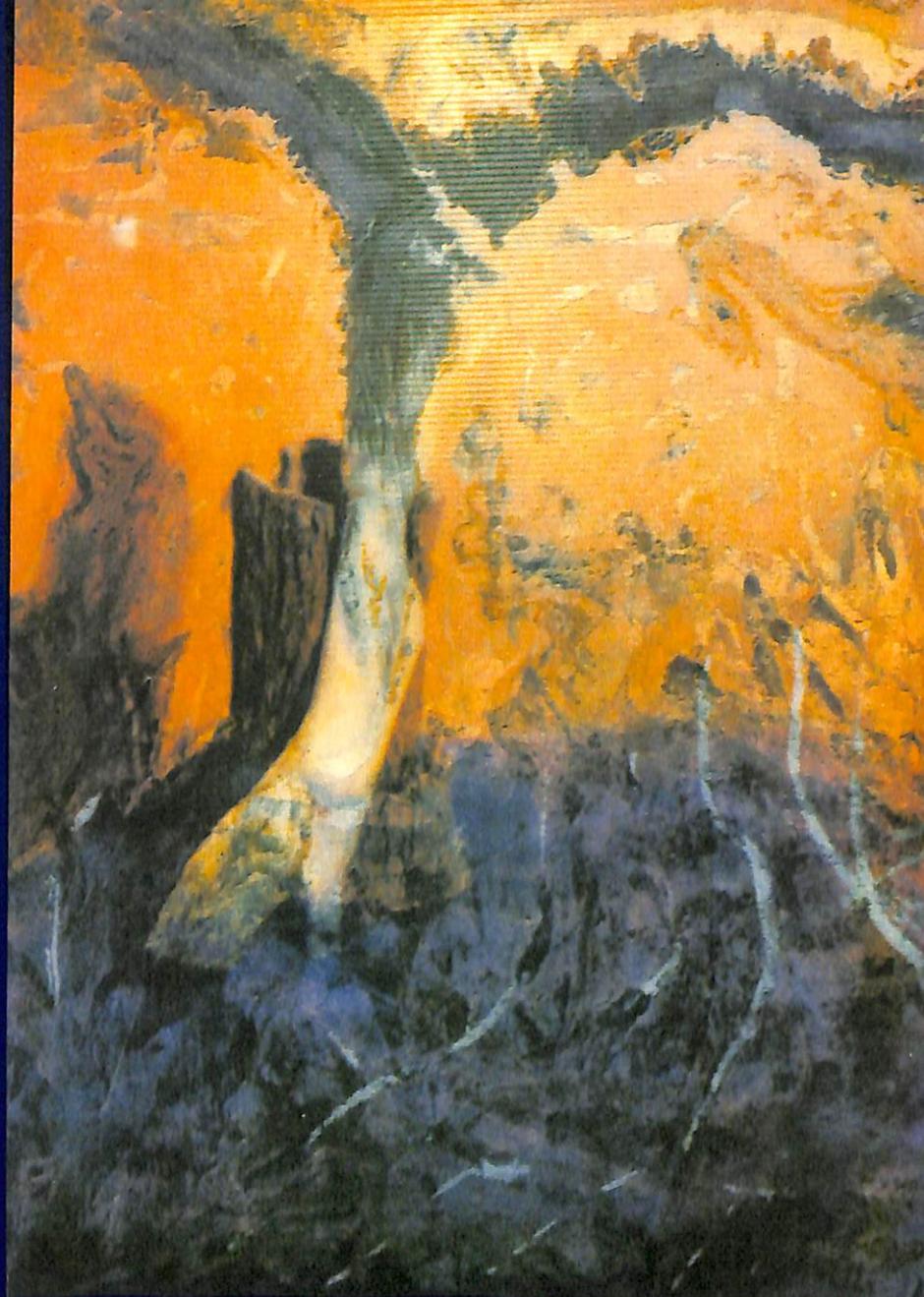


POESIA



# CANTIDARIO

Jorge Ochoa

Consejo del Libro Argentino  
Temas Poéticos 1974

# CANTIDARIO

Jorge Ochoa

Editorial Sudamericana de Cultura



Concurso del Libro Sonorense  
Premio Poesía, 1996

# CANTIDARIO

**Jorge Ochoa**

Instituto Sonorense de Cultura

*Cantidario*  
Jorge Ochoa  
Concurso del Libro Sonorense 1996  
Poesía  
Primera Edición 1996

Derechos Reservados  
ISBN 968-29-9622-8  
Instituto Sonorense de Cultura  
Ave. Obregón No. 58  
Hermosillo, Sonora, México

Diseño de Portada: Ivette Valenzuela  
Fotografía: Rocío Solís

*Abrazado como el trompillo a la parra  
y necio como cualquier vaticinio,  
me voy entreescondido  
en estas reliquias sin precio,  
dadas a los mordidos del desamor  
y a María Evelina Castillo Gil.*

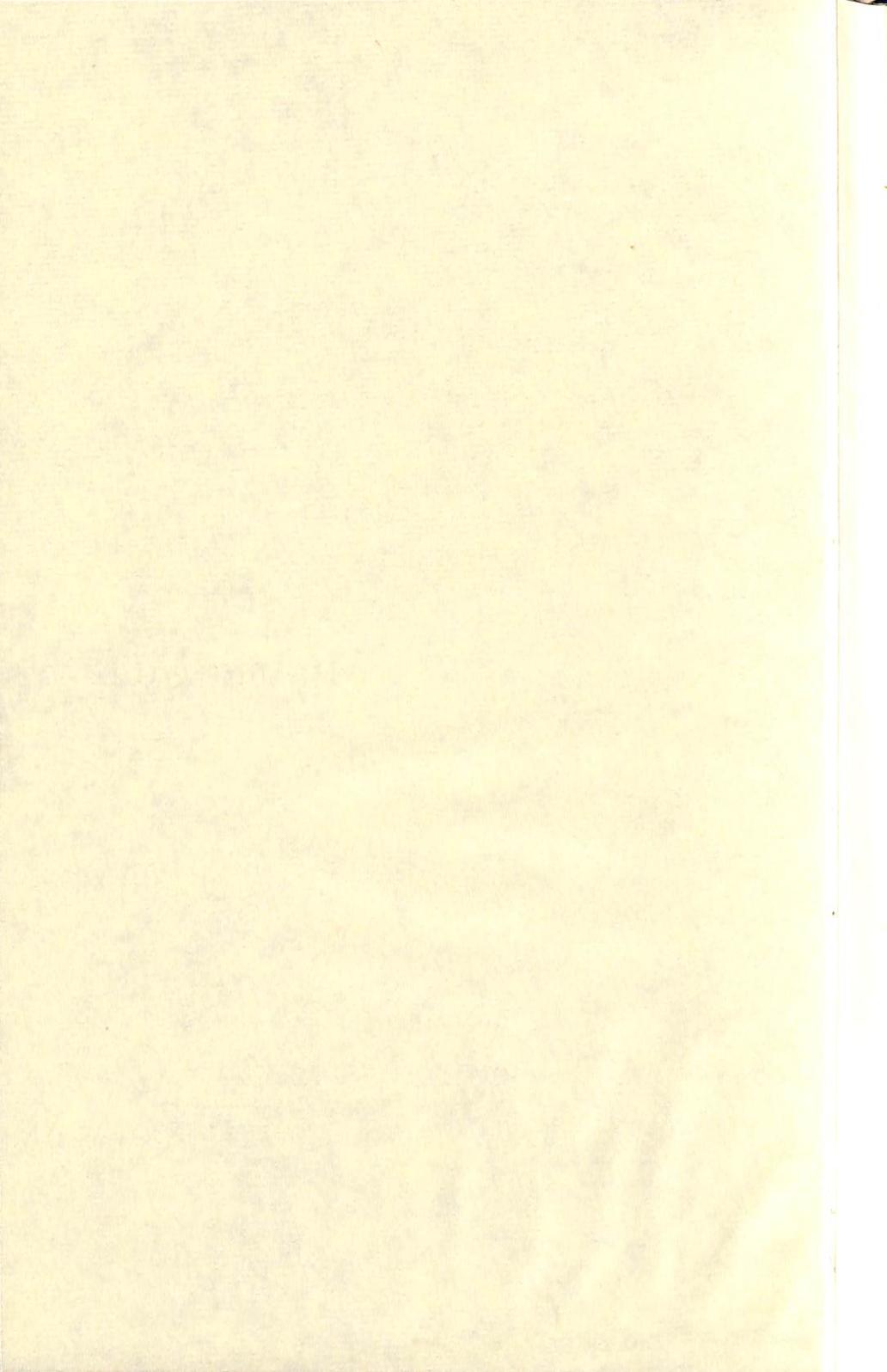


*Cuando el rojo no encienda los extremos del mundo  
y deba recostarme en la ausencia de sus alas,  
cuando el ojo se duela de contemplar colores  
y mis hemisferios no concurran a su centro,  
heredaré completa mi pena meridiana.*

Ricardo Solís



*Mínima Mía*



Sea que es aquí  
la embadurnada del barbero,  
el quedar como colita de pescado  
para ir a zambullir al nene en el bautismo.  
Acá donde la baba incurable  
del pensionista adrede  
habituada a humedecerle el pan al viejo,  
se inflama como esas lunas por octubre  
en las Casas de Servicio  
que tienen todo lo que sea dulce  
para darle contra a la amargura en huesos.

Aquí,  
en esta ciudad que puede ser cualquiera,  
existen,  
y un poco en otro mundo,  
los poetas de *ballet* con nariz ganchuda  
que se tragan el amor y el orin de pajaritos;  
los muchachos que no admiten al de allá  
porque de no ser como uno,  
más vale el exterminio,  
y todo porque en sus cabecitas buenas  
se les ha metido  
que hay que combatir gasolineras y extranjeros,  
que hay que andar un poco sucios  
para aclarar ideas,  
que hay que leer a *Shakespeare*  
pero no cargar jamás con una rosa lila,  
porque esas cosas son para snobistas y pa' putos

Aquí,  
donde en una voltereta de hermosura fanfarrona  
--tuvimos como se debieran obtener los hospitales--  
la luminosa estupidez  
del deportista en los estadios,  
la postura fina del dueño del casino,

el primer atropellado,  
el aroma lindo de frambuesa del comercio,  
y la policía bien equipada de repente,  
y todo,  
solamente,  
para que pudiera existir sin contratiempos  
y pueda clavarse en toda hermosa paz social,  
el diente del maldito y del caballo.

Aquí, mucho antes de que pudiéramos mascar  
la calabaza y el garbanzo,  
ya nos habían tapado los oídos  
con los chicles que tira el señor cura,  
y si en el cielo existe así la vida pero eterna  
es preferible por el bien de la luz y de los montes,  
hacerlos mejor  
para morir dignamente  
entre todo aquél que tuvo oído limpio.

Aquí,  
ahora que existe  
un misterioso sentimiento porque va a llover  
y la madre cascarrabia  
anda por ahí también sabiendo  
que va a llover y hay que admitirlo y  
que además  
a este tiempo no se le escapa nada y nadie;  
no ha de haber refugio para ninguno  
en que pueda bien salvarse: nadie,  
ni siquiera esas hembras bien vestidas  
saliendo de la casa de Dios Padre  
mientras sus hijos abreven el saber  
en cafeterías o en bibliotecas estatales;  
ni siquiera aquéllos  
que andarán paseando su creída inmunidad  
frente a los besos y a los dedos de los muchachos,

frente a los que alguna vez creímos tener  
«por noción fundamental  
que toda *Idea ajena a la Idea de poseer*  
*no es válida*»,  
frente al perfil callado y acusante del borracho.  
Ni a esos gigantes que se van girando  
como besos primerizos,  
ni a ese bigotón, ni a ella,  
ni a aquel salvadoreño que se vino de (su) guerra  
y hoy no sabe lo que es aquí ni lo que es nadie;  
ni a Neruda que andará dentro de otro  
coleccionando conchas o limpiando huesos.

Aquí, Mínima mía,  
donde la tortura está a la vuelta de la esquina  
y preferimos pelearnos por la novia del vecino  
o discutimos hasta el grito y el cansancio  
porque  
    yo hago más que tú y tú haces menos,  
    que yo puedo con esto y contra aquéllos.  
Y nos emborrachamos porque a ese YO  
lo tambalea la cintura hermosa  
de alguna pequeñita  
que nos pone en la cara  
nuestra misma desvergüenza  
como aquellos que empezaron a ser vidrios  
por las bardas  
y después se encontraron en cantinas  
amando mal a putas como en *Holliwood*  
(porque hermosos, fríos y machos)  
se dejaron vencer desde el principio  
por mera delicia de cabrones,  
y ahora andan por ahí difamando con el golpe,  
la cultura de la rata envilecida  
que plácidamente y sin barullo les gobierna.

Aquí, Mínima mía,  
rájanos de frente todos tus espejos  
a los que andamos soñando por lo menos  
en cortarle a esa muchachita  
las puntitas malas del cabello,  
al cura que se frota la bragueta  
frente a la niña de vestido blanco,  
a quien toca la nariz  
temblando en plena confesión carnal.

Aquí sólo se trae la paz  
y la guerra en la garganta,  
las ganas de existir para la casa,  
el miércoles y el suéter,  
antes que desmenuzar el verbo y los quehaceres  
o transformar la justicia del proyecto  
en fruta o en verdura.

Por eso  
déjanos, Mínima, que contigo y en ti,  
revisemos el cloqueo,  
la rasquerita esa que nos entra en la oreja,  
el sorbidito del moco y el dolor del brazo,  
la sonrisa del niño que apenas deletrea,

las cuchilladas,  
las muecas de ladridos en las cosas,  
el semen de los demonios  
puesto en una boca morena,  
el cristal de la locura de la magia negra,  
el grito piadoso de un corazón  
cernido en las paredes,  
el buitre, la mosca, los licores,

los grandes campos sin honguitos,  
el perdón de nadie, el vino,

los dedos cautelosos, el perfume verde,  
la sonrisa sin sonido,  
el sin querer,  
la simple duda de un lago por la noche,  
los dedos que se clavan en el pelo,  
las culebras que se ahogan en mieles,

el hervor de macho,  
las brasas, el poder y el diente,  
los azúcares y los corazones,  
mis pretextos preferidos.

Déjanos mirar, Mínima,  
en tus texturas y tus cúpulas  
las cositas que se ponen las abuelas  
en los dedos para coser,  
la palabra *bélico*,  
el cabello derramado,  
un blusón que sienta mal en el idiota,  
el volar,  
el aroma a fruta  
el miedo, las veces, los muchachitos, lo bueno.  
los relojes, la sensibilidad,  
los cariños y el reproche, el arañar quedito,  
el no saber decir,  
la espuma que viste a qué.

Mirar en tus ojos vidrio  
el dolor delgado que no existe,  
a el atolondrado, la cara de, la poca astucia,  
el artista y el payaso,  
el enojo de Rodolfo,  
que el cultivo, que la ciudad,  
que la *jidiosincrasia?*,  
el besar despacito, la cara muerta, el panal,  
(el ahuyentar el querer tanto),

la gotita de pintura,  
los doce minutos para algo,  
la pared, el norte,  
la forma, los restos de plan blanco, la ceniza  
el quedarse con las ganas de cantar bonito,  
el provecho,  
el pelo rizado, las fichas,  
el cigarro mentolado, el vientre.

Saber que fuera de tanto *rock* o grosería  
están las cosas,  
los grillos,  
el votar en la cama, la ortografía,  
el saber merecer, el castigo natural,  
el no entender, la escalera, el camino.

Saber, Mínima mía,  
que dentro de tu piel está el preso,  
el cielo envenenado,  
el vacío, el siempre,  
el la la la,  
la enredadera cruzándose, el cerco,  
las tiendas,  
el alfiler, el visionario y la migaja.

Saber Mínima mía, que no todo es tan barato  
como el aplauso y la embadurnada del barbero.

No es ésta sangre viva de estuches y  
brocados  
ni un vidriarse de ojos  
porque a algunos de esos  
que hemos olvidado tanto  
estemos ahora en punto de dinamitarle el culo.

No son éstas tampoco hondonadas de bravura  
ni asalto de pasiones bendecidas. Nada de eso.  
Sólo es un estarse cadavérico  
en busca de una mujer real  
hacedora de peces y martillos,  
para despertarse luego despacito  
silbando azul o rosa  
y entonces sí mentir, muy lejos de los fumaderos,  
y creer que ella y la nieve y todo lo demás  
están muy por encima  
de cualquier granjita avícola.

Poner los ojos donde sardinas frescas,  
abrir un libro orondo por cualquier parte,  
suponer gallinas decapitadas  
en estampillas negras  
o echarse a la boca un durazno casi bueno,  
será como saludar de mano  
a argentinos novelescos.  
Pero tomar cervezas gringas,  
tocar las cuatro boyas o  
elegir entre fideos y buzones  
en plena pobreza amartillada,  
no habrá de decir jamás ni por uno ni por nadie  
lo que saben mejor  
las pelusas nocturnas que barren  
los pensadores azules: los intendentes.

En vela de lealtad que los horrores llagan,  
Juan ha mencionado trayéndola consigo  
como un carguero intemporal,  
la necia insolencia de los imperios  
deseosos de emputecer y torturar carnes  
finamente opalinas:  
ebriedades de sangre molida en los testículos.

El tiempo rizó quizá ya sus manglares,  
guardó sus ronroneos en las conchas, pero  
también pasó sus dedos  
por la penetrante espesura de estos,  
tantos pechos cadavéricos.

Sin embargo, amarilla piadosa,  
es bueno llevar de ese otro Juan  
en el pelo y en los ojos  
aquella de  
*Tordos y caracoles, Mil años. . .*  
y otras voces,  
para que el agua lagrimal y las montañas  
no nos vidrien los rastrojos.

· Sin ir más lejos que Joaquín Sabina  
(hombre de menudencias esmaltadas),  
se besará aquí el homenaje  
de pisar la tierra  
sin tocar los labios y sus carnes a muchachas;  
no sirve de mucho vivir como merlines de bañera  
ni acompañar con mandolinas  
escopetazos dirigidos a jovencitas putas, trancas,  
cacerolas, atriles, lavamanos,  
sólo para menear esa otra cabalgadura de latón  
de quien cree, seguramente,  
que el mundo no es una mandarina.

Hizo colocar su montura  
dentro del establo,  
mientras con robado cepillo de cerda  
alizaba sus solapas de baqueta  
y el sombrero de fieltro  
y pensaba en  
desembarcaderos poblados de mujeres febriles;  
se coló un cintito inservible color tabaco  
y pensó igual  
en caravanas de monjes de moral turbia  
pero hechizante,  
atracados por gambusinos hambrientos.

Y sin gesto o palabra alguna  
y con la mirada atravesando un pico de grullas,  
se echó a andar a trote entre líneas de un libro  
en busca de una plática simple  
con Maqroll, «El Gaviero».

Quizás sea cierto, compañero Maqroll,  
eso de que este cielo  
se encuentra envenenado,  
y que solamente  
el tufo vegetal y  
penetrante de tu recorrer la selva inmensurable,  
sean para mí como una alegría negra, algo así  
como un silbido burdo de dardo enamorado.  
Pero digo y pregunto  
¿Por qué el suplicio revuelve  
en grito mi avaricia trastocada?  
¿Por qué este trampear los años  
de un contento maniatado?  
¿Por qué escucho a Serrat y espero a Évelin,  
como si fueran la más tremenda  
y lustrosa maravilla empajarada?

Esta vez  
de acto fulminante  
se trajo el embrujo de trastienda,  
la emboscada tortuosa de ánimas contentas,  
golpeando tapitas y timbales.

Y mire nomás  
si uno se carga debajo en la camisa  
impune tramito de campo encapotado,  
para poder poner ahí  
(en su carpa perfumosa de llanto y veganines),  
un sol con cara de muñeco, oculta.

**H**orror larval  
por la cobijada de la sonrisa en ejercicio,  
insensata vertical  
levantada en la cerveza oscura,  
la bocanada rubia,  
la naranjada o el humo capuchino.  
Espejito periscopio, cascabel enharinado,  
perla cornera que no desmiente nada,  
ni al diluvio, ni al sacrificio,  
ni a la manija perfumosa  
de los incendios puros.  
Los mata  
con su descarga atronadora y temerosa  
del humorismo lapidado  
como ramera montada o curas masturbados.  
Esa risa endientada y compacta  
es de blandos aterrados que pululan  
significándose aun en el cabello y los zapatos,  
porque en eso se encarniza, rana audaz,  
el corazón de uno.

A nacer hembras fomentadoras,  
equilibrando  
los panales de la fiebre mía;  
denle llano a la hierba notada,  
sonaja a la salud, movimiento a los aguzos.

Complémntame hilación  
para no extraviarme  
en la vana voluntad del predominio,  
en la condena averiguada  
de insomnio y tarascones.

Déjame ya en ti agarrado, fijo.

Juegos, guárdenme que me enamoro  
de lo percido que todo lo movía,  
del tépari que guardan mortadela o blobo,  
palabras que no me dejan dormir.

En rebanadas de sandía,  
destumbado y guapo por las plianas,  
el nuevo viejo  
deshuesaba su historia de azadones,  
grúas y ladrillos;  
pero disfrutaba con horrorosa delicia  
aquellas rajadas,  
las tinas desfondadas, los asados de cochito,  
los coolers y las tehuelas de gamuza  
sólo porque un segundo  
de espanto definitivo y sabroso  
--que la vida corriente no devalúa ni rehúsa--  
le dijo que las trompetas no son sino palmeras  
o ropa moteada y de segundo uso.

Gerundios inmutables o vitales.

Perpetua sopa de lenguajes  
que las artes por el hombre aluden,  
toman impulso para levantarse  
por el añejo gusto de saberse  
como jugo de lirios y cristales.

Así se levantan los motores,  
el besito aquí, los hornos de vidrio y terracota,

la morena palabra con sabor a gis.

Tirano  
tanto quiere decir  
como un puñado de avena  
que se vence al fuego  
Un tajo rápido de pájaro  
Una pintura hermosa  
con filos de rocío

Amigo  
tanto quiere decir  
como no existe enemigo que valga  
Una boca distante  
o verte

Cualquiera  
tanto quiere decir  
como los vientos compartidos  
Un dibujito del sol

De un huerto exangüe  
y vendido  
brotan los recuerdos  
del Tío Gerardo,  
del triciclo rojo,  
de un día de no asistir  
a clases  
para fumar palillos y  
comer naranjas con sal  
y Rosa Isela.

Todo fue de los ocho  
a los nueve y todavía  
no claudico  
en querer devorar  
las complicadas granadas.  
Todo esto fue  
antes de la muerte  
del Tío Gerardo  
que una vez me regaló naranjas  
y dos o diez  
palabras.

No importan fortificaciones guardianas  
y gallos imponentes  
enseñando sus orgullos  
o tinas varadas  
con fragancias de nupcias figuradas  
si andan muchachitas aturdidas  
y espumadas de su flujo  
que no es llanto ni fortuna,  
que no esconde estímulo ni nada.  
No sólo de barritar vive la memoria  
atravesada por vertientes  
de braguetas y despidos.  
Existen para salvación local  
y guégueres universales  
bolsitas de despacho,  
herramienta, cubetas, bisagras  
y chanclas de uso diario que se allegan  
y se quitan los letrados, los genios, los insulsos.  
Un ron no lo concibe todo: le falta figurarse  
gallinas desbravadas  
o un barco de petróleo bañado en lágrimas  
y bicicletas y santas putas por todos los caminos.

La gana fue de andarse por ahí  
antes que reventara la noche  
y cayera su cara en la calle  
como un coágulo enorme.  
Andarse por ahí con su bulto de cobijas  
y su pedacito de manguera  
y su miedo y su frío y su peste.  
Andarse por ahí conquistando perros  
con su infranqueable ternura.

Andarse por ahí, no fue gana  
pero hay que decirlo así;  
andar mirando por esas partes  
donde no existe un pájaro  
cómo las señoras y el marido  
casi salidos a las terrazas contemplan la vida y  
cómo el instante de un relámpago  
les raja la muerte;  
andarse por ahí no deseando una copa,  
un ramo limpiamente muerto:  
al fin y al cabo  
hoy no es lunes ni tendrá que andar  
entre gente que anda aprisa  
y pegarse a toda esa carrera para sentirse dentro  
y que alguien le extienda  
alguna moneda que no pidió.

¿Dentro de qué?  
Quizá dentro de alguien  
y pegarse un beso por pura risa.

Andar como otras veces  
cargada con una flor  
por la banqueta de la universidad  
o por el pabellón del *boulevard*

y entregarla sin pretexto  
a un muchacho  
que se diga que no la merece, o que sí.

Toda hebra de calumnia  
que las cimbra y empareja  
las sucede vagoneando, traslúcidas  
y malditamente trastornadas  
con que el amor carnal o luminoso  
es una larva enceguecida. Así corrompen  
la sanidad de tanta infancia  
que no ha crecido en médanos de pus,  
que no ha deseado que la irrealidad sangrara.  
Sueñan, afanosas  
--amoratadas de delicia en pujo--,  
en desembarcos,  
novios mansos y ruinosos candelabros;  
pero ay, excelsa, luces tú tan tibio pantanal  
que todo santo maldecir no te impide fermentar  
y no te quita embrujo.

Un invierno no es cualquier cosa.  
Es un frío profundo.  
Y hay que mirar,  
mirar cosas que se han vuelto amarillas;  
cerrar los ojos y recuperar alguna fachada;  
tocar el agosto de los besos,  
besar dedos insustituibles.  
Hay que mirar tras la ventana  
los perros en punto de su muerte;  
las tardes que al amor  
fueron olvidando cariñosamente.  
Es el mirar patear un niño a un pájaro tieso;  
mirar todo y tener el centro de las cosas,  
de cada una de la cosas.  
Es mirar poca gente porque se viene la noche,  
el blando deshojarse del tiempo.  
Es que a uno lo toque  
el terrible beso de su ausencia.  
Un invierno no es cualquier cosa.  
Es un rubor pleno que bramaba;  
alguien que se quedó meciéndose en el parque,  
cantando cosas,  
metiendo las manos al cielo para encontrar calor.

Para quien tenga soledad  
(un gato)  
tome un pájaro pagado  
y dele el vuelo  
a ese solo tumulto

Como la vocación gatuna del vagabundo  
aireado,  
se acerca verdosa  
la rotunda Primavera pajareando,  
perfumando los rincones polvosos,  
los patios, los columpios,  
y yo, versante matinal,  
le recibo en el pecho  
como una procesión profundamente hermosa,  
y beso el viento, el viernes, el guayacán,  
la algarabía callada de las rosas. Y aquí, dentro,  
se arremolina un complacimento frenético,  
imponente,  
por tocar la existencia desmelenada de las cosas.  
Agradezco entonces  
todos los sabores y el aroma, las palapas,  
las plantitas de estrellita venus,  
el piar ensordecedor de los orioles,  
los troncos incluso calcinados,  
los Vallejos, abejorros y campanas.

No existe aquí urgencia o desamparo,  
pues la errancia perpetua de la Primavera  
encendió ya los naranjales,  
la espesa verdura de las parras,  
y en esa eterna vigilancia,  
en esos vidriosos jirones de luz,  
todo se vuelve --cómo decir-- palomas y ventanas.  
En ellas  
y embebido en esa suerte azulosa,  
el corazón pasmado de calmoso encantamiento  
se vuelve jarra con agua,  
y yo, versante matinal,  
una hoja caída de guayaba temprana.

Busco en eso y entre los disturbios del hombre,  
una palabra profunda  
para convidar a regresar  
a este desorden verde de paz y Primavera,  
para que aflore en los pechos todos  
algo de niños contentos y trigales,  
algo de linternas bonachonas y limones.

En correspondencia con una furia galante,  
pienso a un tiempo  
en porteñas tabernas tolerables,  
en la insurgencia festiva y verde de lo verde  
y su herramienta  
y en donde pastan los ganados  
y enmielecen las abejas;  
junto luego esas estancias  
floralmente proverbiales  
para alegrar entonces  
los ojos del desencantado bebedor.

Imagino dos ejércitos y una estúpida arrogancia.

Así, el desasosiego hambriento  
y soberbio de la Primavera,  
se traga toda ceremonia maldita  
y alza la luminosidad luciérnaga  
el canto iluso de la rana,  
la inmensidad de los cafetos  
y lluvias mansas en cañadas,  
y la sombra abundosa del nogal y del capiro.  
Por eso,  
como todo lo bendice el amor y la savia nocturnal  
de la fiebre y los hechizos  
de un poblado de juncos,  
yo, versante matinal,  
arrebato lo agrio del tropiezo y la malicia

y lo condeno por el tiempo  
que ni el tiempo impide,  
a llevar la elegancia frutal  
de la Primavera y el estruendo silente del recato.

El mundo fiado podrá ser de chapas  
y montajes,  
pero de esta piel ladrada y de esta boca  
nada en res criticuladora,  
no saldrán mordisqueando  
los lenguajes sacerdotes,  
lápidas, jarabes, muros o jeringas,  
sino más bien el gusano llorón y  
ridículamente portentoso que se eleva  
de los pechos con silbatos, molinos arruinados,  
besos muchachitos y faldas  
en rumbos de escuelas secundarias  
o maquinaria pesada y *trailers* en desuso.

Desparramados misioneros biblicos  
cumplen como muchachos  
y como el arroz reventado  
puesto a los coros cansados  
y vetustos de figuras enanas  
o marcha de soldados ilusos  
pero de cualquier otro país.  
En ellos va un algo  
de improbable capitania de bicicletas rudas  
con un rodar a las esquinas y llegadas temerosas  
a distancias portuarias.

Dan tanto luto los pobres  
porque ignoran del todo que el cielo  
es un vestido viejo y una bailarina de tobillo roto;  
un tenor agredido por la fiebre de la novia lisa  
llevada a la garganta;  
los discretos decretos de extinción  
que ahora funcionan por ahí  
y la lencería sagrada  
del amor panal de las muchachas.

Ande y mire,  
tenemos desde manzanilla  
hasta garbanzo;  
aquí hay fragancias de todas las especias;  
acá está el bacalao.  
Cacahuete, cebolla, avellana,  
chícharo desgranado.  
Ande venga y no se asuste, toque,  
cerámica buena, mexicana;  
cazuela resistente pa' la lumbre.  
No se crea,  
aquí toda la gente se pelea y pide limosna.

Manzana. Avena.

Unos pasan como en el tren,  
otros nomás mirándole el culito al pollo;  
sí parecen calaveras babeando gusanos, moscas.

Mire a ésa, se fija cómo le cuelga la gordura,  
es que es buena pa' la merca; tiene de todo,  
fijese,  
esos son tambitos de cajeta,  
aquella, ubre de vaca;  
dulces de caracola, y acá entre nos,  
dicen que hasta droga.

Cera. Laurel. Nuez moscada.

Llévese éste, mire, un gato negro, o uno pardo,  
una paquita de algodón  
de recuerdo de su México.

Aquí hay una larga bocanada de potencia.  
Mirada bajo mesa,  
a ras de hollín o madreperlas.  
Es como embullirse bicho en los abrevaderos,  
juntar los hálitos de los pieles sagitario  
y plasmarlos a la sangre pluviosa  
de un corazón deforme a manotazos.

Aquí el antro y la mujer,  
el oso-amor que siempre he defendido  
aunque a mal talante;  
perdido en ambas direcciones,  
porque fijate,  
a veces se me vuelve morón un poco la presencia  
al mirar púrpura en las diéresis,  
o navegar llorando pelando papas en cocinas.

Quién sabrá y podrá mantener a filo de ala  
tantas cosas simples  
y sentarse al fin a mirar  
zapatos viejos, cartas, pedacitos de algo,  
fotografías sin nada que las salve del recuerdo  
para que sean inexorables contra el tiempo;  
no sentarse así, sin poder nada?...

Digo  
porque quizá mañana, ni nunca, ni hoy  
ya nadie sepa si se podrá ir haciendo tata.

Ya la muerte habrá de levantarme  
y en su potro marino  
de una vez por todas.

Vendrá a quitarme todo:

La textura carnosa de la fruta,  
mis horrores nocturnos y mis fiebres,  
esta mano temblante que se cuela a un sexo,  
esos dientes de una muchacha que aún no quiero.

Pero mientras tenga aquí  
unos buenos zapatos, una camisa y una pluma  
seré su más batalloso contrincante  
poniendo desde aquí a cada corazón  
anémonas y pajaritas gordas,  
el aroma monumento de las panaderías,  
este amor tan simple como el barrer parejo.

Los sueños de la trampa toleran agua imprecisa.

Círculos perfectos pulsados por las brujas.

Mercenarios enmarcados y bilingües;

semanas con voz de gatos o canibales;

caderas de papel fiesta y moños

en afán de simulacro.

Fortuna maniatada sin personas.

Dedos pulposos texturando huellas;

repetición vilipendiada de ciudades oscuras;

bordes rombos a veces.

Botellones verdes, succiones de medusas.

Coros rompiendo olas, rayados pedagógicos.

El tiempo es la orzuela que se rompe ahí.

Cracovia que no conoceré jamás ni ver Berlín.

Grabados de demonios desdentados a todos

filos; nacimientos de eternidades solas; ángulos

sangrantes vistos desde montañas confusas;

cabezas de caballos sobre pianos

como en el cine de Buñuel;

corchos que se guardan por el valor que guardan.

El sueño es un llorar

o una falda de muchacha recién muerta, cayendo.

Piezas de la historia ya finiquitada

como buena historia.

Pies de niña sobre mármol frío;

certeza de ceguera.

El abecé maneado por la boca de cobre

que es resumen de la ruina.

Junios y miércoles

cualquiera que festejan los suicidios y la arena.

El sueño obtiene

bajo el deseo fugado a su inventor

y se goza las uñas que dialogan.

Infinito llanto que impera  
y que  
se impone  
como el horror asombrado  
del niño obsequiando monedas  
al ventrílocuo.  
Fiesta negra de sombras de banderas y caballos.  
Dientes de muchacha hermosa  
apenas mordisqueando  
por primera vez un beso.  
Música maligna dispensada con patas  
de zancudo o asterisco  
y eso no es el miedo y la mentira es mía,  
porque el sueño también son caricias despertadas  
como dicen los niños,  
y llorar de amabilidad y de amarillo.

Allá, entre costurera y zapateros  
caía el calmazo por los huertos  
-la hora seca decían-  
cada vez que el viento arrasaba  
con las nubes  
y nos dejaba tendidos a la sombra  
de los guayabos y carrizos.

Ahora

el sudor se desenvuelve en cantos dulces  
dejando correr el silencio del recuerdo  
hasta que estallan los ojos de entusiasmo  
y el corazón se inflama  
como el pan o rocío,  
al encontrar los escalones y los lentes.

Es como guardarse un poco esta calma  
bocarriba;  
meterse al ajedrez con el asco  
y el enfado de la cuba,  
al hielo de caritas  
y al cesto amarillo panza de oso;  
mirarle a la sidra las burbujas  
y pensar en barcos con nombres de muchachas.

Pero que va,  
si esa cosa que uno trae aquí estalla  
en los tubos del dental o en gobelinos chinos  
se malogra el jugo de la hipótesis  
porque es simple esa verdad naviera  
este tararear la historia de paso caracol,  
este rebuzno tricolor de los partidos.

Por eso  
es como guardarse un poco esta calma bocarriba,  
pensando ya desde muy lejos  
en cómo tomarle los dedos a difuntos  
y volverlos a la vida  
despacito.

Anda muerte a hacer lo tuyo  
con el que pide rebanadas de mendrugo;  
anda y párate allí  
y siéntate a la cena de gusanos tibios;  
préndete de las mamas de las muchachitas  
con sabor a caramelo  
y tájales la garganta con la guadaña  
a los gritones de las golosinas;  
envenena el agua de las presas  
con la mugre del harapo.  
Inyéctales *whisky* en las vejigas a esos salvajes  
para que sepan  
del apareo de las cúpulas y mis palacios;  
anda y mételes audiencia al telegrafista  
y al filibustero  
que no son nada, no son nada.

Tápales con renacuajos la boca a los enfermos  
y tíralos en cualquier estanque;  
ponles erizos y espirales en las nalgas  
a todos los maquinistas  
por aquello que les venga de sentarse,  
o quémalos.

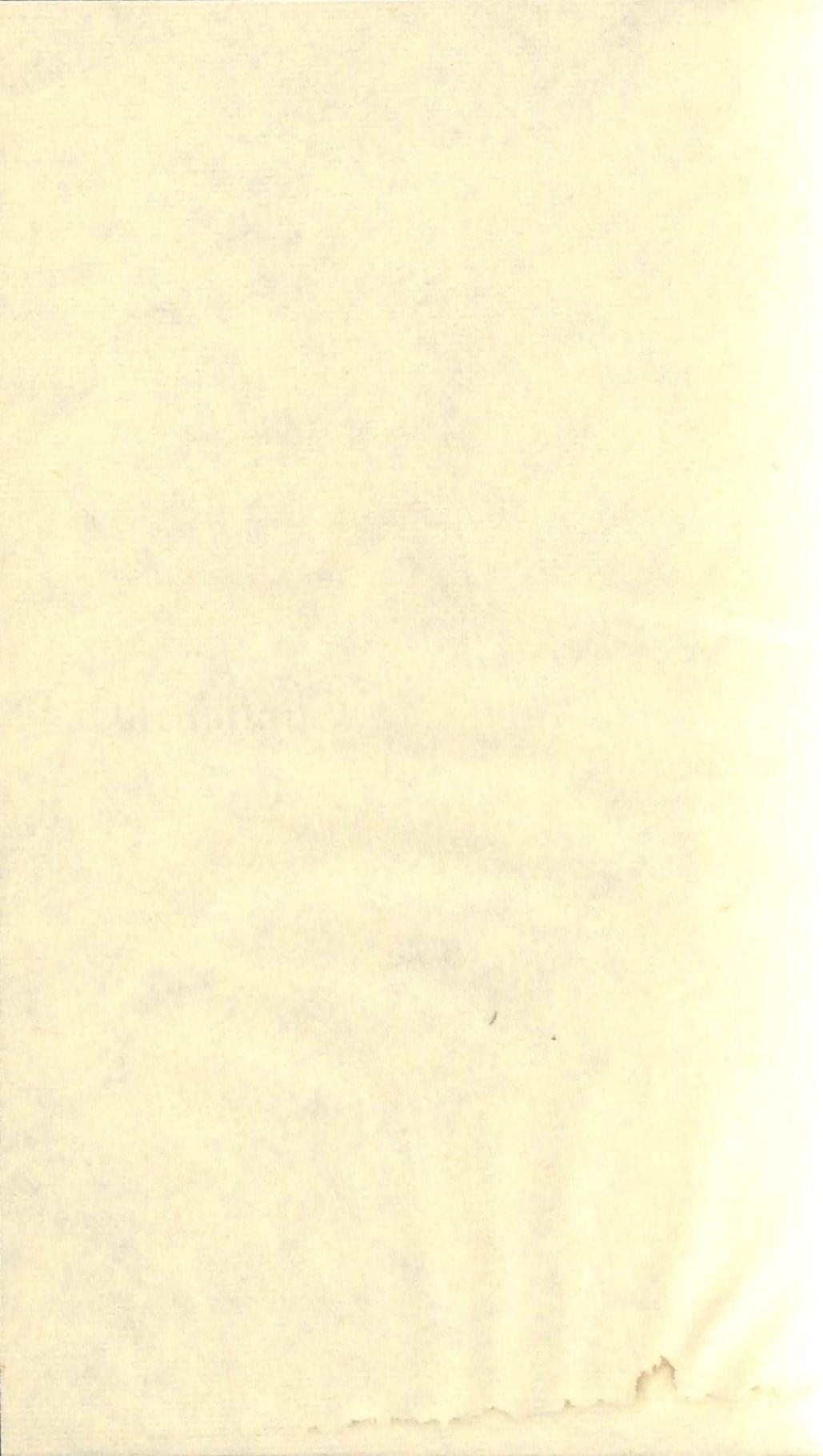
Yo daré monedas para meter en las manzanas  
y todo el parlamento;  
después diremos  
que fue cosa de un chiflado que atrapamos luego.

Despedirse del acuario en que me sumerjo  
donde se atrapan las estrellas  
y los hongos,  
es un vuelco suave a la innumerable fragancia.

Apenas un pez solitario, un beso al aire,  
algo que la vida olvida al sueño.  
Pájaros arrancados de las norias.  
La resurrección del suspiro.

Todo el equívoco espíritu de memoria memorable  
que deja el adiós al despertar.

*Cantidario*



Talla la suerte las fechas mercuriales para saberme grano en el tablero de esta constelación arábica, de este floripondio cantidario de notas y desechos, de esta fábrica de tigres alados y de alternancias bruscas que osan atisbarme la fiebre del empobrecedor empobrecido, que todo lo induce a paladear sueños verdosos de vastedad de ejércitos y ajos religiosos.

La aglomeración ciega y celeste arma sus jugadores, acierta a lamernos los antifaces y a calar la saga de tiza negra que ha encerrado en aromancias extraviadas a los gusanos llóridos del pecho, que se han arrastrado mordidos para siempre y ensopadamente enamorados. Por ello, si la suerte me convoca a mirador, a mirador me atino; pero si en mis manos leopardadas queda el sugerirme a una mujer que me milagre o que me espume, entonces me encapullo y maravillo y no memorализo más, como la presuntamente hormiga anochurnada que ha nacido sin exigirlo entre los cuatro vientos abismales a orillas de un jardín de cielos, aunque más exactamente sea en el centro mismo, dulzón y milimétrico del mundo, que muy bien podría yo nombrarlo Eve.

Todos los adorantes de la consistencia  
del ingenio  
vienen desde un profundo rumor  
de silbatos y de conchas;  
vienen desde un aletear  
caballado de clitoris morenos;  
vienen y van desde este *cantidario*  
que es el numeral carnero  
de la cantidad cantada.

Por eso desde aquí se trunca lo truncable  
para nacer desde el pecho  
de una mujer que huye y que me hiere;  
para levantarme  
y ser desde su beso un honroso coro  
de colores y de voces,  
y para gritarle a los timpanos del mundo, Eve.

Ella mina y dulcifica  
el vergel de mi lengua selvática;  
labra el éter lastimero  
e impreciso del sueño,  
el insomnio y la vigilia,  
y hurga entre las caracolas y las flautas  
de la infancia y de la muerte.

Con el sólo ovillarse de esa forma  
para darme alcance,  
aventura y reverdece el estar pendiente  
y lo que alguna vez fueron dientes de bestiaje,  
pero me invita nuevamente  
a tender el traste que junte la sangre  
y el hambre lastimada de muchachas,  
a poner mis garras y mis flores en este *cantidario*,  
en este surgimiento de aserraderos,  
torreteras, cafetales.

Lejos de todo ese candor denso y pedregoso  
de la inmunda reverencia,  
extrañadamente locuaz  
en fraterna borrachera,  
me he inventado en los adentros  
que Évelin no es carne derrumbosa sino tierra.

Merodeo convencido  
en sus ojazos de luz perturbadora  
los sendos caminos de las sendas  
y se me henchida el pecho de novelas y piedrones:  
Sus senos son entonces  
la gratitud serrana del nervio crepuscular  
que envidia a la pájara y la granada reventada;  
su cuero añorante vierte dulce  
y sangre de papayo  
sobre este aliento enojoso y fogonero,  
y cuando en toda esa extensión relincha en pleno  
y se revuelve y justifica el esplendor del cielo,  
yo surjo de un desierto torbellino  
a besarle la república.

Sembradora y conducente  
de un aura huraña,  
Evelina nectariza la vigilia acusadora  
de las noches frías,  
suma su nombre a mi catástrofe  
de perfume de petróleo, y me cura la fiebre  
que me enjambra  
sin siquiera estar, sin verme,  
y se vuelve en mí en cada sombra  
en mi álamo secundarial,  
mi universar con viento cafetero,  
y en el amor innominable de mi ser  
por el bogar en tiempos ríos  
de ese hombre aromar de Julio Verne.

Cuando me quedo de tu boca solitario,  
respiro un aire como de dardos y sierras  
lejanas y escarpadas. Entonces sé  
con la certeza con que la vigilia expulsa  
sus colmenas,  
que todo es como beberme en ti  
un amor exiliado  
porque tu alegría de muchacha colegiala  
ha sido estrangulada. Pero yo guardo  
entre mis manos una rabia fulminante  
y un corazón domado  
para defenderte de toda condena y traerte  
desde donde la fidelidad se desemboca:  
esta ternura pajarosa, cuatro vientos, Eve,  
y una espada.

Lía mi nombre con el tuyo Évelin  
y sumérgeme en un mundo musicoso y  
aromas de naranjas y de uvas. Úpame  
de eso luego exhuberante hasta La Facunda  
--madre entera del Mocerito--,  
para desde esa espuma explotada en gis mojado,  
comerme a la pobreza y las arpías. Vocéame  
en los cerros encontrados por agosto  
o reverdéceme en el fondo  
de las lámparas colgantes atacadas por la noche.  
Y siente conmigo  
en ese pecho que nos aña y que nos une,  
el polvito de huesos  
que dejaron los amigos que se fueron.

Casi luminoso alegro el ámbito vegetal  
de este corazón un poco desbocado,  
contra esa otra rotundez pielosa  
y climática  
que me perturba maravillosamente  
el frente y los costados,  
porque igual vinieron creciéndome en la piel  
estas fauces mielosas que rabian nubes y peces,  
cuando observo lujurioso  
la soltura femenina morenamente azucarada  
de esta muchacha escritora  
que todo lo rehúsa, suspende,  
milagra y maravilla,  
y que no sé por qué diablos  
en su carne me hace fundir desesperado  
a Tepoztlan-Irene Papas,  
y en tardes mutadoras como ésta,  
simplear iluminado  
contra dos cielos con un *cutter*.

En esa forma tan suya de menear  
del almíbar su delirio adiamantado  
y su perfume,  
quisiera morir en jiras y empapado en rojo carne  
y verdor de tuna,  
cuando la dentellada gracial y emperlada embiste.  
¡Qué delicia elevada cae  
en su hondonada boscosa de negral travesura  
cuando no escapo a los aullidos  
de esa furia temblona,  
y cuando bebido y mermado ya,  
me funde al suelo, me desluza y me consume!

Sus enormes ojos son la suerte iracunda  
de este atolladero y estas flores;  
son la suerte amuchachada  
de este tallador y de esta pena embargadora.  
Y cuando sube su boca por mi pecho  
--toda ella combada de ternura--,  
yo bajo embravecido y caprichoso  
a erguirme en sus iglesias. La liviandad  
y la tiesura se tornan luego  
en aretes o mariposas en las rocas,  
y yo juro enamorado,  
que es aquí el inicio de la tierra y de la lumbre.

Entre dos naranjos de gozoso inquilinato,  
un pastor profesoral  
me trajo del infierno la indulgencia  
en una fecha desarmante redentora y nacarada.

Hoy, con fumador amor de relojero,  
me desboco en esa boca toda mina iglesial  
que se bebe mi nombre de lengua y mordedura,  
y que me pierde trabado de dulzura  
bajo la sangre del mar Mármara  
y sordas campanadas de penuria.

Ella cede encrespándose enmielada  
en la tortura diurna  
que recorta mis faroles;  
deja que estas manos dancen  
en esa noción salvaje e indomable  
de un perfecto desorden de cabello,  
que no es sino tripulación de pájaros  
y contraseña del erizo y de la luna.  
Agolpa sus caderas rigurosas  
contra esta otra persistencia decorada  
que trueca la elegancia por carpas azarosas  
y por púas; pero amilagrada ya, filtra en mí  
la imposibilidad de la expresión y la cordura.

¿Por qué no? por qué no decir también  
que viene largada de una navegación floriza,  
desoladora y lacerante;  
que ya mañanamente  
la ha alzado en su brutal suplicio  
todo ese tufo funeral de lo patético: Por qué no  
retumbarle a los pastos amarillos de los montes  
que ella también conoce lo que es penuria  
y lo que es lluvia, llanto y luego llama.

Al rememorar vacía vaguedades ordinarias  
de tantas noches mochas y atontadas,  
el diablo le ha metido por la boca el desaliento,  
la desesperación, lo intolerable y lo sombrío,  
para que lleve entre las sombras,  
por los siglos de los siglos,  
esa serenidad dolorida,  
el desconsuelo que todo lo pierde,  
la indecisión que todo lo punza. Y entonces,  
cómo y para qué voy a pedirle al sufrir  
y al desconsuelo  
que me la entreguen  
cascabel de olvidar perentorio,  
y que arqueada en mi fe, me devore mansita.

Su rabia torrencial que aflora purulencias  
y casajo, que rompe estaciones y botellas,  
yo acojo en tardes  
de columna bienhechora para, esplendecido,  
el cielo fragmentario de su boca  
saber aquilatarle.

La sé tromba salinera o luz salitre;  
la sé lluvia que amaina  
y conozco sus cañadas y sus astros;  
la sé de la vida generosa y luminaria  
mi deslave y mi salario.  
Sé además remansarla y volver a tremolarle,  
para entrarla a mordiscos lujuriosos  
y a besitos capuchinos bendecirla y sobornarle.

Ninguna vena fundadora de esa tendencia  
tórrida rehúsa mis boqueos. En horas  
de delicia y soda helada  
distingo el acantilado de dos sangres  
que mi voz se bebe. Y vuelto fagozo fagonazo  
en burda procesión de manos de viajero  
-que la luz creadora secreta y festiviza-,  
descubro en tentativa a esta mujer de uvar el día,  
con miel obscura de herraduras y de ajos.

Desde ti me he sabido la carne  
abotonada en matiz de espiral boscosa,  
alzándose con aletazos inaudibles  
entre hachas homicidas y graneros.

He visto desde ti  
cómo me han derrotado las gaviotas,  
y cómo todos los males y los duendes del mundo  
se reducen a bueno  
si me besas a mordidas la anhelante boca,  
justo cuando juegan suspirándose empianadas  
ese par de *sandalias perdidas*  
y un *lamento de mar*,  
de J. Ramón Crespo.

Bajo un cielo moreno que fenece  
hechiza ella, este su engranaje  
de nudo de amores y de víboras  
con el mismo coraje  
que decora a un niño beisbolista;  
como la luna reflejando su blanca rebanada  
en la tinta de las vides, o  
como el albatros o el cisne negro  
que decíanos Neruda.

Yo le hechizo de noche  
todavía croando y encantado en mi mansión,  
mi alacrán y mi guitarra,  
mi marioneta que me hila y mi llavero.

Siempre supe  
que los viernes naturales,  
lejos de plasmar elegancia en su moldura,  
fabrican en nuestros quicios  
algo de relajo brasileño  
y arrebatos pueblerinos  
de fantasmal combate.

Pero qué brindo

¡Bendito sea!

en esta catadura  
de una mujer marisma  
que ha movido  
de toda esta ciudad que yo he guardado obscura  
sus piedras, los fruteros,  
el barro y el badajo nocturnal,  
en un sexto día de abrazo delicioso  
que repite y que repite  
sin cansancio  
véjame.

De alguna manera sabía que habría  
de enmielarte los dedos de saliva,  
que habría de alzarme desde ti  
a enfrentar el mundo,  
que habría de turbarte de delicia y maravilla.

Ahora puedo decir que he surgido nuevamente  
del veneno nocturno del verano,  
cargando para tu pecho colegial  
el infierno sin quicio  
y desmenguado de mis manos,  
pues todavía  
he de alzar y romperte contra montes y campos  
de guayacanes, catarinas  
y amapola,  
para lograr meternos  
en todo acto de música pluvial  
en mares de gente de sonrisa primavera,  
o entre vidrios rotos de alzados arrecifes.

Desnuda  
a media tarde beso tus metales,  
y a mis espaldas un arpón tonificante  
abre su abanico de lenguajes en la carne nativa  
que la turbación rezuma;  
levanto desde el limo mis residuos  
que una sangre maligna irrigó sin límite,  
y cebo y fermento y vuelvo levadura sonora  
el agobio de esa errancia espiritual  
sin sus íntimas sentencias,  
porque a buen tiempo he desvidriado sus tesoros  
y bebido y roto del delirio las botellas.

Si yo pudiera entrar ahí  
y exorcisarte tanta porquería  
que invade vastas extensiones  
en corazones de muchachas;  
llegar del todo enamorado  
a esa pena consumada de la ira  
y romperle a eso sus estatuas  
o vestirlas de verde y de falsía  
para que no se pudra la vivencia de tanto azul  
y tanto serte.

Cambiar por viveros estas cosas  
que sentimos como ambulancias en el pecho,  
y yo en lo personal,  
extraer de la conciencia esa otra razón  
que me perturba,  
y a un mismo tiempo, pucherear tempranamente  
por la alegría atronadora de saber que existes.

Si alguna vez bicicleteando se ha podido  
deducir la bravura pasmada del entorno,  
con esa misma fuerza  
de romperle al mundo sus huesitos,  
quisiera eternamente tener música por dentro;  
música de oboes y de cellos,  
para logarte y volverte delicia  
turbada en la cocina  
y combarte de astros y de potros.

Y para que ya brotado el tiempo:  
Inventarme en tu boca y en tu pelo  
una música trivial  
que me traspase a flechazos noche y día,  
y otra, como una Misa Luba,  
que me ilumine y acompañe  
por los siglos de los siglos  
la vergüenza y el hambre;  
mi hambre de un amor  
tan real como un regalo de besitos mapamundi  
o *La última escala del Tramp Steamer.*

De tanta irrealidad en derredor del juicio,  
tentador es volverme para tu nombre  
peregrino,  
perfumero, abono, tromba, errancia,  
hasta volverme nadador del cielo  
y tronar y enverdecer  
lo que todavía aplastado de impiedad palpita:  
Ser dueño absoluto  
de tus ojos de lujurioso espanto  
y en ese corazón caudal volverme extinto,  
pero sabio de tu carne de olor a suelo y mar;  
pero sabio de tu carne con sabor a cielo.

De la misma alegría de respirar  
las sierras, las cataratas y los bosques,  
viene este dulce orgullo  
de poder acariciarle,  
y aunque un silbato ferroviario, un buque  
o una lágrima logaran arrancármela  
con todo su maldito viento negro,  
yo llevaría para siempre grabado en el pecho  
ese aroma suyo que me ilustra y me amanzana,  
y sería todavía igual de tonto  
por creerme de contento,  
un potro manso correteando  
navecitas de jabón en un trigal.

Cuando juego lechugozo en sus dominios,  
yo la combo anhelosa  
y me trombo en el manjar  
de su infernura;  
la vida entera me pide  
que la entre y la encapriche  
con besos mordelones,  
porque la flor hervorosa y moreniza  
se desjuga descontrol y mandarina,  
pero como fiero signo de colmillo perro,  
en el traer y llevar sueño,  
no intenta siquiera el inmolarse.

Animoso celebro su miel perturbadora  
cuando desorbita en jadeo maniatado  
su verdad turgente;  
por eso puedo decir con vanidad refrescadora  
dónde se trunca el mundo,  
dónde se inciensa su lujuria rosalada  
como humosa pedrería y,  
dónde la turbida delicia ha dibujado las veladas  
con claridad vidente.  
Presumo, obédezco  
y juego en burda incontinencia  
entre sus hondonadas y catacumbas diamantinas  
y soy su desbocado viajador de cavidades.  
Por todo eso  
¡quiera la muerte pobremente perfumosa  
que esta tormenta de carnalidad no escampe!

Como un pálpito humillado  
por verdor y levadura,  
los vértigos del alma mía  
se me han ido llendo  
entre el cogollo contorneado  
de una sierra imponente  
que se me ha alzado como tu nombre  
ante perlinchas y bombones de nube;  
tu nombre con el sabor violáceo de la biela bronca  
de este lado del mundo;  
tu nombre que se ha anudado  
sin lesionar universos  
con norias venerables y nidos de golondrina;  
tu nombre que igualmente se me aprofunda  
en la jalea estelar  
como otro potro marino de alma costanera  
que juega, brinca y se turba de tremenda delicia,  
en la cabalgata azulada de esta danza nocturna.

Bullentes retumbos de humanidad uniosa  
veranean miercoleando  
en símbolos de pavorreal bravio;  
una injuria turbadora prosigue su naufragio  
con todo su repullo de infinitud brumosa  
y aunque otra sapiencia indolora se le suma  
con el solo manotear en danza las muchachas  
--que no son sino naciones juntas--,  
se levanta en mí tu nombre que me vuelve verbo,  
que me vuelve muchacho casi viejo,  
que me vuelve número abismal y  
que me vuelve recia y piedramente bueno.

En este agosto doce  
Ilona llega con la lluvia,  
y mi calva migratoria tantea vocabularios  
que coloran o ciegan el paisaje,  
como el sarro tabernario  
de los grandes suicidios de alegría.  
Me encarno girasol, reviso los tinteros,  
y me aterro en los navíos  
cuando toda esa extensión verdosa  
jinetee en esplendores  
y no escampa ni cuaja la ópera del cielo.

Y más aún. Aquí,  
en la calle de República Colombia,  
trepo a la consumación homicida  
de la espacial limpieza  
en brazos de una mujer  
que en aterradoras mordeduras  
me coloca, cuando ya tarde se va,  
dentro de un silbidito triste,  
una copechi, cachorros de luz y música de cellos.

Si un murallón impreca el claror  
de mi pido como huésped  
en su norma afrentosa,  
será porque  
el florecido sembrador de mis empujos,  
como parvada potente, me desliga de su entorno.

Entonces,  
con qué anido bullidoro pudiera retenerle;  
por qué lloro de alegre blancor  
mi caravana de panales no le satisfizo, cuando  
yo puse mi garganta porosa y pobre de dinero,  
a la sien de esa niebla frondosa.

Hay noches de combate, lianas y marisma,  
donde el hombre agriado pero talentudo  
quisiera llevar grabada en el pecho  
la algarabía callada del cilantro y  
la maravilla bendita del poder infinito  
de Joaquín Pardavé,  
para desde el sol y el dulce llegar  
siquiera en sueños a las imposibles muchachas.  
Pero se derraman noches también  
de inmovilidad y peso,  
de un necio amargor,  
desesperanza y campaneros.

O si no estoy quiero que sepas quise  
dejar en ti  
un rumbor de frescores y pimpollos,  
una raigambre de melenas lunares atracada  
en el alboratador potro bienhechor que a  
mi verde milenario no disloque,  
y un claror hondero de corolas  
que en murmullo azuzenado me edifique;  
un pienso convertido en pan silvestre,  
y un grito astuto que logre que te des  
impenetrable  
y adivina a los canturros de la muerte.

Que quise impalparte con penurias  
y darte murmurios torunos y amantes de la luna,  
antes que la ropa rectificadora  
doncellice y ennegrezca  
por las lágrimas estampadas  
ya en algún diciembre 7,  
que en calvario virginal me aterra,  
me suspende y aborrece.

No figuro ahora este vergel nublado  
sin el relámpago floral de lumbres  
que imponía  
la antigua melena inspiradora.  
No figuro ya  
en el borboteante universo primavero  
que propagaba y presumía sus afluvios  
contentándome el contorno. No figuro dentro  
de esa otra ardentia auroral que simula  
trastornarme como el abismo herboso y deleitable  
que desbordaba en inquina o fósforo  
sus endulzos y sus panes.  
Pero sí figuro en el grito indúctil  
que meneaba gargantoso un llorar cimero, y en  
un borrador de goma que aquella  
alguna vez me trajo  
y que ahora figura contentarme el aliento  
y los ojos.

Puesto que el arma del alma orgullosa  
dignifica,  
antes de estercolar el suelo  
que me vio nacer,  
resuelvo estocarle al cielo  
y a la tierra sin distingos  
con este amor estremecido que no importa ya  
si es verde o es geométrico. Por eso,  
desde un punto  
que se ahoga de gritos porque habla con la piel,  
pido sollozándole a la lluvia que te traiga consigo,  
y que te obligue a perfumarme los huesos últimos  
que se filtran para siempre  
en las horas caladas, vacías e iracundas.

Déjame entonces hacerte mi camisa  
y mi vivienda  
para entrar en ti  
con la verde violencia del perfume  
que me obliga a tus piernas;  
saberte los bramidos del mar  
que todo lo castigan de naufragios y de panes;  
asaltar la gala  
de los campos picoteados de luciérnagas  
y saber del morador su arboladura.  
Déjame versar las olas del nogal,  
cantar el trigo,  
y acusarle al demonio su ternura.

**Este libro se terminó de imprimir el mes de  
diciembre de 1996 en Talleres Gráficos  
de Cultura, S. A. de C. V. Av. Coyoacán  
1031, 03100 México, D. F. Su tiro consta de  
1 000 ejemplares.**



Instituto Sonorense de Cultura

Ya se sabe que hablar de amores contrariados es hablar de Amor.

Con esa certeza de lucero triste en plena frente, Jorge Ochoa declara: *y yo juro enamorado/ que es aquí el inicio de la tierra y de la lumbre*, como el auténtico y entrañable rumiante de la Poesía que es.

Enviador de recados, puentista, Jorge Ochoa celebra (¡con lágrima de fuego y madrugada y música de fondo, sí señor!) la parte que le toca en ese misterio de los corazones que consiste en embrutecer por los cuatro costados; albergar en el pecho a un elefante dulce (¡la de cosas que aplasta!); reconciliarse con la nariz personal, con los particulares zapatos despintados, sentirse bello porque una lo besa a uno; y considerar que ahora sí, que a lo mejor ahora sí se puede domar al tigre; que sin perder la cabeza será posible, ahora sí, *besarle la república*.

*Por todo eso/ ¡quiera la muerte pobremente perfumosa/ que esta tormenta de carnalidad no escampe!*; para su propia fortuna, y para el íntimo regocijo de todos aquellos que creemos que es vital mantener la lucecita encendida.

Carlos Licón

**Jorge Ochoa** (Hermosillo, Sonora, 1962). Ha publicado la plaquette *Yo quiero viajar al espacio* (Universidad de Sonora, Hermosillo, 1989), y *Duermevela*, libro ganador del Concurso del Libro Sonorense 1995 en el género de Poesía. Ganó segundo lugar en el Concurso Literario de la Revista *Punto de partida* de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1988.